

EL IMPARCIAL,

PERIODICO DE INTERESES MATERIALES, CIENCIAS, AGRICULTURA, LITERATURA Y ARTES.

Año I.—Número 46.

Se publica los jueves y domingos.—Precio en Castellón. Un mes, 4 rs.—Fuera, franco de porte: Tres meses, 15 rs.—Remitiendo el importe en libranzas del Tesoro ó sellos de franqueo al administrador de este periódico.—Redacción y Administración, Calle del Medio n.º 114, adonde se dirigirán todas las reclamaciones.—Las suscripciones se harán en la Administración de este periódico.

Jueves 23 de Mayo de 1867.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera que no hayan satisfecho el importe de la suscripción del presente trimestre, pueden efectuarlo remitiéndolo en sellos de franqueo á esta Administración.

ISTORIA DE LA TELEGRAFIA.

(Continuacion.)

II.

Pasemos ya á otra cosa: cuantas inducciones hiciéremos sobre el origen de la telegrafía servirían solo para estender los límites de un opúsculo que por su índole no es susceptible de vastas dimensiones; por otra parte el que ratiocina sobre lo desconocido, corre parejas con el que experimenta sobre la nada: es un loco de la ciencia.

Vamos, pues, á bosquejar los sistemas de comunicacion esterna bien determinados.

Supongamos que sobre un muro de altura suficiente para esconder los instrumentos de que se dispone, á fin de evitar toda confusion, se colocan cinco columnas paralelas, cada una de las cuales contiene en sentido vertical cinco letras de nuestro alfabeto por este orden, la 1.ª la A, B, C, D, E; la 2.ª la F, G, H, I, J; y así sucesivamente.

Imaginemos dos de estos observatorios á distancias mutuamente perceptibles, y pongámonos en el caso de que el encargado del uno tiene que transmitir una palabra al que se halla en el otro. Lo primero que debe hacer es llamar la atención á su compañero y asegurarse de que ha sido comprendido, para lo cual es suficiente una señal convencional cualquiera. Levanta por ejemplo el expedidor una antorcha en sentido vertical, aviso de que empieza la trasmision, y está seguro de haber sido comprendido al

encontrarse correspondido con otro signo análogo.

Para la marcha posterior de la comunicacion ya no hay nada más sencillo: las antorchas colocadas á la izquierda del muro fijan la columna en que se halla la letra que se indica, las luces que se ponen á la derecha señalan el número de orden de la misma letra contando de arriba abajo; así, una antorcha á la derecha y otra á la izquierda marcan la primera letra de la primera columna, esto es, la A.

Tal es el procedimiento que segun Polibio se usaba en tiempo de Filipo V de Macedonia y seguramente por el mismo se funcionaba en una línea de observatorios que se dice existió entre Susa y Atenas y que explotaban Jerges y Dario para sus operaciones militares.

Con lo dicho queda probado que en aquellos tiempos remotos se poseía ya un servicio telegráfico completo, y no se extrañará que un Sidonio ofreciese á su emperador plantear un sistema de comunicaciones entre Mace-

donia y las Indias, suficiente para que en cuatro ó cinco dias se trasmitiesen las noticias de uno á otro extremo.

Supongamos ahora que tenemos tres plataformas paralelas á corta distancia unas de otras y que convenimos en que las hogueras encendidas en la de la derecha, dando frente nosotros á dichas plataformas, serán representantes de las unidades simples; las que se noten en la del centro indicarán decenas y las que se vean en la de la izquierda señalarán centenas; de suerte que si colocamos una, dos, tres, etc. llamas en la primera, marcarán los guarismos 1, 2, 3, etc; los mismos fuegos en la del centro significarán los números 10, 20, 30, etc; y en la de la izquierda, los 100, 200, 300, etc.

Tal es el sistema de telegrafía empleado por los Romanos durante las guerras púnicas con los Cartagineses, y solo al considerar la gran cantidad de combinaciones que pueden obtenerse con mil números tomados dos á dos, tres á tres y así sucesivamente

154

cion cuando primero una detonacion que, á juicio de este, procedía de sus puestos avanzados, y enseguida varias descargas, anunciaban que el enemigo se adelantaba tal vez con el objeto de hacer una sorpresa. La alarma se difundió por el campamento: el bélico sonido de los clarines llama á los guerreros á sus respectivos puestos: un grito sonoro y prolongado convoca á las armas á los hijos de las montañas.

Rápido como el rayo, Rodolfo ha montado en su corcel, y el silbato de plata despidió tres agudas notas, que traen cerca de este caudillo, á sus más distinguidos tenientes.

—Retiraos, señor marqués, por la senda del bosque que os es conocida. Mañana, si gustais, podemos continuar nuestra conferencia. Os aconsejo que no os detengais, porque para vosotros los cortesanos no es nada apacible que digamos el saludo de las balas.

Una carcajada alegre y estrepitosa de los montañeses contestó al puuzante epigrama de su jefe, que salió con estos al gran trote dirigiéndose á los puntos que creía mas amenazados.

El marqués del Moral huía á toda brida de aquel sitio peligroso. En medio de su precipitada carrera, maldecía á Rodolfo que

155

lo habia puesto en ridiculo en presencia de tanto valiente. Consolábase sin embargo con la idea de que no siendo militar, no le era forzoso despreciar los riesgos que estos corrian. El pensamiento terminó con una horrible blasfemia y la siguiente amenaza.

—Yo te prometo, bárbaro de la civilizacion, que un dia, tal vez no muy lejano, no ha de valerte tu esforzado arrojo contra el lazo que te prepare este cobarde á quien has injuriado.

El viento llevó estas frases. Una sombra que atravesaba el camino que seguia el marqués, las escuchó. Paróse entre la maleza: era un hombre.

—Ya son dos las pruebas, dijo, contra ese malvado..... Esperemos.

te hasta diez á diez, se forma idea exacta de los estensos límites á que podía llegar aquel silabario. Posteriormente se han usado en Europa telégrafos en que solo podían transmitirse doce signos y han bastado para cubrir todas las necesidades.

Sin embargo, no por los grandes recursos que prestaba el sistema Romano dejaba de ser inferior al de los Griegos; en éste se espedían caracteres alfabéticos y no había por tanto precisión de convenios anticipados, mientras que en el de aquellos cualquiera noticia, todo acontecimiento que no estuviera incluido en su formulario, no podía transmitirse. Hay no obstante en este procedimiento una cosa notable y que no debe pasar desapercibida, y es que en él puede decirse tuvo origen nuestro sistema de numeración decimal, puesto que se dió ya á las cifras el valor de posición.

Posteriormente los Romanos, y después de ellos los Arabes, construyeron torres vigías en los caminos y demás puestos apropiados, para atalayar las comarcas en que dominaban y en las que la trasmisión tenía lugar sacando un hachón de resina por una ventana determinado número de veces, según la noticia que se quería comunicar.

De estas torres aún existen restos en España, y según se dice, en los bajos relieves de la célebre columna Trajana hay figurada una en el momento en que está funcionando.

Hé aquí los principales sistemas

de comunicación esterna bien determinados que conocemos de cuantos se usaron en la antigüedad, y de los cuales aún ha llegado parte á nuestros días, pues no son otra cosa esas torres que existen en ciertos puntos de nuestra península, destinadas á la vigilancia de las costas, y en las que con algunas luces combinadas se acude á las necesidades del momento, acusando la proximidad de vistas sospechosas, reclamando pronto auxilio ó participando que no ocurre novedad.

Faltaríamos á un deber si omitiéramos citar la invención de Ptolomeo Filadelfio, quien en la isla de Pharos situada en la embocadura del río Nilo, hizo construir una torre elevada en la que se colocaban luces para advertir á los navíos la proximidad de la tierra y servirles de guía si querían tomar puerto. Esta construcción y las de la misma clase que, en vista de sus buenos resultados se han dispuesto en todas las naciones, son verdaderos telégrafos de reducido formulario, pues este se concreta á dos frases «alerta» y «por aquí», pero frases que responden á todas las preguntas de los navegantes, y que han producido resultados tan inmensamente beneficiosos, bajo cualquier aspecto que se considere, como puedan esperarse de todo otro sistema de comunicación esterna que se adopte en lo sucesivo.

Terminaremos el presente párrafo añadiendo que á estos puestos de señales marítimas se les ha dado el

nombre de *faros* en memoria del punto donde se construyó el primero.

Se continuará.

Federico R. de Maspons.

Hemos presenciado y oído quejarse á muchos viajeros, de la conducta observada por la compañía dramática que actúa en el teatro de la Princesa en Valencia, en la ejecución de *La Almoneda del Diablo*. Los Sres. Olona, García y demás que en ella toman parte, no contentos con *rezar* el papel sin darles el más pequeño colorido, acuchillan, cortan, rajan etcetera, de tal manera la pieza, que no nos fué posible conocer en sus relaciones los preciosos versos del Señor Liern. Siempre hemos dicho que el Señor Olona no sirve para el drama, pero la última vez que le hemos visto, nos hizo pensar si no serviría tampoco ya para la comedia. En cuanto á *Perico* y demás actores están ya bien juzgados por el público valenciano para que, emitamos nuestra opinión, limitándonos á advertirles á todos, que la entrada segura no autoriza al actor para echarse á dormir en la escena y hacer bostezar al público como ellos lo consiguieron. Estaba gracioso el Señor Olona con sus risitas y sus *camelos*!

Empezando ya á aumentar la concurrencia que pascas por el camino del mar, sería muy oportuno se regase para impedir el polvo que levantan las caballerías y carros que por él transitan, amén de las largas *colas* de nuestras lindas convecinas.

Nada bueno nos prometen los labradores al observar la gran sequía

que venimos experimentando, y sus augurios respecto á la cosecha son tristísimos. Esto hace que el precio del pan se eieve al compás del que toma el trigo.

Ya ha sido devuelto aprobado por la censura el drama titulado *Florinda* original del Sr. D. Ernesto Marizcurrena, que insertaremos pronto como folletín en EL IMPARCIAL.

Dícese, aunque no sabemos con qué grado de fundamento, que hay varias personas dispuestas á formar empresa para la construcción del teatro de esta capital, que tanto se desea hoy por la mayoría de la población. Hemos oído nombrar á los Señores Huguet y otros forasteros.

Con la galantería y finura que le distingue, el Sr. D. Federico Maspons, ilustrado Director de Telégrafos de esta capital, nos invitó á que viésemos un invento suyo y de su Sr. hermano D. Francisco, de trascendentales utilidades. El *Avisador eléctrico*, este es el nombre del invento, ofrece á la sociedad un seguro descanso y una existencia libre de los sobresaltos y graves perjuicios que le causan los malvados.

Componen el *Avisador eléctrico* unos muelles especiales y un timbre eléctrico ordinario, aparatos que, puestos en comunicación por alambres recubiertos y movidos por una pila de cuatro elementos, dan un resultado del cual deben estar altamente satisfechos sus autores. Colocado el *Avisador* en el dormitorio del dueño de la casa, y fijados los alambres en las puertas, balcones, ventanas, cajas, armarios, y de todo cuanto sea su intento saber cuando abren, es imposible entrar en la casa, abrir el armario, saltar por la ventana, abrir la caja, sin que el

plican, que no se pueden denominar, Laura consumía su juventud, su robusta naturaleza. ¡Cuántas veces cubierta con una ligera bata, flotando al viento su hermosa y poblada cabellera de ébano, paseaba veloz como la gacela en el jardín de su casa, sin cuidarse del vaporoso y ceniciento cortinaje que por efecto de la humedad ocultaba la transparencia de la atmósfera! ¡Cuántas veces hollando la finísima yerba, se empapaba de un frío rocío, deshaciendo las líquidas perlas que coronaban sus tiernos y delicados tallos! ¡Y cuántas, en fin, sus ojos errantes y desfallecidos, presa de un insomnio destructor, se alzaron al cielo brotando lágrimas ardientes, pidiéndole el consuelo que la tierra le negaba, ó la terminación instantánea de aquel horrible padecer! En tanto sus bárbaros verdugos saboreaban el placer de la victoria que crecía segura; y en esa situación violenta, en ese período de malestar, cuando calculaban que no había fuerzas ni voluntad para luchar, Giuliano anunció que Luis de San Genaro había ya conducido al pie del altar á su prometida; y que él, en justo desagravio de la ofensa causada á la infeliz Laura, se declaraba su amante, ofreciéndola la mano de esposo, y un padre para su hijo.

Aquí llegaba Rodolfo con su triste narra-

dueñ
conti
tand
de es
den
Fel
su in
cepto
soluci
na al
tudios
los m
cia, y
desve
laurel
El
che v
truenc
la cal
ocasio
de la c
Este
causan
se ve
multit
juegan
nadam
la sati
meros
de pol
No
guño
hijos d
urbana
Dice
La s
secha
ña, do
han su
nario
de trig
causan
tros ca
rido me
cano.
meros
continú
les de
de exis
merma
Al m
tos que
perjudic
cion del
tra cost
Dice
Saber
el gobie
con vei
encarga
de la l
rona á E
dase en
dedicada
Una t
¡Qué dic
—¡Tie
Se acc
Sobre
estigma
Tus vi
Tu has
tor.
Tu has
Has de
Has ese
Has co
ra un lo
Todo se
Inmun
El pote
tigo.

dueño no despierte por la fuerte y continuada vibración del timbre, evitando así toda sorpresa. Las ventajas de este invento son inmensas, y pueden fácilmente comprenderse.

Felicitemos á los Sres. Maspons por su invento que es, en nuestro concepto, un problema de difícilísima resolución, y que demuestra que España alberga aún en su seno hombres estudiosos que se dedican á sorprender los más recónditos secretos de la ciencia, y procuran á costa de vigiliat y desvelos un bien á la sociedad y un laurel á la nación en que han nacido.

El lunes 20 á las diez de la noche vino abajo con el mayor estruendo, un andamio construido en la calle de la Mealla, donde en otra ocasión se cayó un trozo de pared de la casa que hoy se reedifica.

Este hundimiento que hubiera podido causar muchas desgracias á haberse verificado al anochecer, por la multitud de niños que transitan y juegan en aquel sitio, no hizo afortunadamente daño alguno. Tuvimos la satisfacción de ver allí en los primeros momentos al celoso Inspector de policía.

No queremos hacer comentario alguno sobre estos descuidos, que son hijos de la imprevisión y poca policía urbana.

Dicen *Las Provincias*:
La sequía que ha destruido la cosecha en varias provincias de España, donde los precios de los cereales han subido de un modo tan extraordinario que justifican la introducción de trigos extranjeros, está también causando grandes pérdidas en nuestros campos, en los que no han corrido mejor suerte las cosechas de secano. Los labradores se hallan temerosos de la suerte que les espera si continúa la sequía, pues los canales de riego, aún en los puntos donde existen, llevan un caudal muy mermado por la falta de lluvias.

Al mismo tiempo los fuertes vientos que están reinando estos días perjudican en gran manera la plantación del arroz en los pueblos de nuestra costa.

Dice *El Ampurdanés*:
Sabemos por persona fidedigna, que el gobierno se propone subvencionar con veinticinco millones á la casa encargada de llevar á cabo las obras de la línea del ferro-carril de Gerona á Francia. Desearíamos no quedase en proyecto este pensamiento.

VARIETADES.

FANTASIA
dedicada á la simpática Srta. Doña A. C.

Una terrible voz puebla los aires.
¿Qué dice?
—¡Tiembra mundo maldito!
Se acerca tu hora.
Sobre tu frente está indeleble el estigma de los réprobos.
Tus vicios te conducen al abismo.
Tu has renegado de tu divino Autor.
Tu has hollado sus leyes.
Has desafiado su cólera.
Has escarneado su imagen.
Has convertido el eden que formó un lodazal inmundo;
Todo son míasmas deletéreos.
Inmundo fango.
El potente Jehová prepara tu castigo.

¡Tiembra mundo maldito!
Y el caos responde:
¡Tiembra! ¡Tiembra!
Y los ecos repiten:
¡Maldito! ¡Maldito!
Y la confusa gritería perdióse en el espacio.

Al oír este terrible anatema exclamé:
—¡Dios mio! ¿Es posible que el mundo sea tan perverso?
¿Es posible que deje de adorarte?
No, no es posible.
—¡Incrédulo! gritó una voz en el espacio.

No conoces al mundo,
La juventud lo vé todo por un prisma.
Todo lo encuentra de color de rosa.
Entra en el mundo por un arco de flores.

Camina alumbrada por la luz de sus puras ilusiones.
Es la aurora.
El mundo las tinieblas.
La aurora no conoce las tinieblas.
Ven y juzga.
Y me sentí arrebatado por una nube de gasas.

Crucé los espacios con la rapidéz del rayo.
De súbito pasaban ante mis ojos brillantes metéoros.
Su luz me cegaba,
Pero pasaban con rapidéz y...
Después tinieblas.
El aire me faltaba.
El terror hacia latir mi corazón precipitadamente.

Sonó la voz.
—Mira,—dijo.
A tus piés tienes el mundo.
Observa los crímenes que presenta.
Observa sus virtudes.
Compara.

Miré... pero cerré los ojos horrorizado.
Vi un cuadro horrible.
En una plaza se elevava un templo.
Una inmensa multitud queria subir sus gradas.
Si afan era entrar en él.
Para conseguirlo atropellábanse los unos á los otros.

Cuando uno caía, los demás pasaban por encima de su cuerpo palpitante sin escuchar sus plañideros ayes.
Parecían poseidos de un vértigo.
Jadeantes y en sangrentados llegaban algunos al último peldaño.
Entonces salía de sus pechos un grito de júbilo.
Era el canto de victoria.
Y se abalanzaban locos, dosatentados, al interior del templo.
Allí alzaban su sacrilega plegaria.
Adoraban á su Dios.
¡El oro!
Ceñían una diadema cuyos fulgidos resplandores les llenaban de alegría.

Para conseguirla habían sacrificado á muchas víctimas.
Sin embargo no se conmovían.
Su corazón era tan duro como el oro.
La voz dijo:
—Mira su antitesis.
Vé un áspero sendero por el cual caminaban muy pocos viajeros.
Su paso era sosegado y tranquilo.
Cuando habia alguna dificultad que vencer se ayudaban los unos á los otros.

Si uno caía, le levantaban.
Si tenia hambre, le daban pan.
Si sed, agua.
Si estaba cansado, le prestaban su brazo protector.
Por fin llegaron al término de su espinosa carrera.
¿Cuál era su premio?
Una modesta vivienda y una fragal comida.

Con eso eran felices.
Todos los días adoraban á Dios.
Morían creyendo en él, y esperando la recompensa de los justos.
—Estos son los buenos—dijo la voz—ya ves cuán pocos.

(Se continuará.)
Ernesto Mariezcurrena.

LA MENDIGA.

ROMANCE.

I.

—¡Qué desgracia, madre mia, es ser pobre en este suelo!
¡Qué espantosa es la miseria en que sumidas nos vemos!
Antes que vivir así, madre, morirme prefiero.
—No blasfemes, hija mia, y dá mil gracias al cielo, porque una vida nos guarda que acaso no merecemos.
—¡Ay, madre! ¿Pues no decís que mis ojos son luceros, que mis labios son de grana y de ébano mis cabellos?
—Sí, hija mia, eres un ángel.
—¡Un ángel! Pues si eso es cierto ¿Para qué he nacido hermosa si en brazos del sufrimiento han de morir mis encantos, ha de desgarrarse el pecho?
¡Si el ardor que hay en mis ojos ha de convertirse en hielo, y ha de marchitarse en breve de mis megillas el fuego?
—Por qué no ha de ver el mundo los dones que me dió el cielo?
¿Por qué no he de gozar yo lo que otras que valen ménos?
—Calla, hija mia. Si Dios en tí puso un rostro bello, no hay hermosura más santa que la que del mundo lejos, rodeada de pobreza, muere pura en el silencio.
—¡Pero si yo fuera rica!
¡La miseria! ¡Qué tormento!
No es vida vivir así, y yo morirme no quiero.

II.

Pasaron años y años con la rapidéz que el tiempo, en su implacable destino precipita los sucesos.
En una noche terrible del más riguroso invierno, se veía en una calle, entre las sombras envuelto, un bulto que por lo inerte, y por su fúnebre aspecto, más parecia un fantasma que un desgraciado sufriendo.
Era una muger. Su rostro lo ocultaba un denso velo, y sus escualidas formas cubría un hábito negro.
Casi oculto entre su manto y en el regazo del pecho dormía un niño. ¡Infeliz!

¡Cuán tranquilo era su sueño!
Con una mano estendida y la mirada en el suelo, aquella pobre, imploraba la caridad de los buenos.
Ni una queja, ni un suspiro, se escapaba de su seno.
Tan solo de vez en cuando sellaba en el niño un beso, y una lágrima furtiva, amarga como el tormento, por sus megillas rodaba evocando algún recuerdo.
Y allí triste cual la noche y tan fria como el hielo, aguardaba, horas y horas absorta en su sentimiento.
De pronto, cuando á su hijo besaba con dulce afecto, oyó la voz de una anciana que con afligido acento decia:—Hermana, tomad, os doy todo lo que tengo.
—Que Dios se lo premie á V. dándole gloria en el cielo.
—¿Es de V. ese niño?—Mio.
—¿Tiene padre?—Si por cierto.
—¿Y deja que V. mendigue?
—Si.—¿Acaso se halla enfermo?
—No.—¿Está preso?—Está libre.
—¿Será un miserable?—Es bueno.
—¿Será muy pobre?—Es muy rico.
—¿No os amará?—Así lo creo.
—¿Os ha abandonado?—Si.
—¿Y dónde está?—Lejos... lejos.
—Perdonadme si os aflijo.
¡Vuestra pena compadezco!
¡Ay! yo tenia una hija hermosa como un lucero, que el torbellino del mundo arrojó en su loco infierno.
¡Quince años hace! Hija mia! ¡Pobre Maria! Habrá muerto sin que esta anciana en su frente estampe el último beso!
La pobre madre calló ahogada del sentimiento con que embargara su alma tan desgarrador tormento.
Mas entonces la mendiga rasgándose el negro velo, y cual herida de un rayo con el rostro descompuesto, se arrodilló ante la anciana, y con delirante acento,
—Perdon, perdon, ¡la decia, quince años! ¡No, no es un sueño!
¿Vos sois?... ¡Dios mio! ¡Dios mio!
¡Cuán grandes son tus decretos!
Y sobre la pobre vieja cayó exámine su cuerpo.

III.

—Madre, ¿veis esta guardilla que es de pobreza modelo?
Pues bien, si viérais ¡qué pura, qué hermosa que yo la encuentro!
Esos lujosos salones llenos de alfombras y espejos, una atmósfera contienen impregnada de veneno.
—Si, hija mia. Aquí no hay lujo, ni yo ambiciono tenerlo, mas se respira virtud

con que se engrandece el pecho.
 Por las mañanas, apenas
 sus rayos esparce Febo,
 se posan en las ventanas
 los pajarillos parleros
 saludando al nuevo día
 con sus trinos y gorgoros.
 Y esta dulce melodía
 interrumpe nuestros sueños
 á la vez que el sol brillante
 alumbrá nuestro aposento.
 ¿Qué música hay en el mundo
 que exale acordes mas tiernos?
 ¿ni luz que con mas fulgor
 tienda sus rayos de fuego?
 Ya ves, hija, en la pobreza
 cuánta riqueza tenemos.
 —¡Y yo abandoné este asilo
 dejando mi dicha dentro,
 y del mundo con locura
 me arrojé en su abismo inmenso!
 ¡Qué grande ha sido mi crimen!
 Perdonadme, yo os lo ruego,
 por este niño infeliz
 que es mi pena y mi consuelo.
 —¡Pobre niño! Si, hija mia,
 yo mi perdon te concedo,
 que si fué el delito grande,
 grande es tu arrepentimiento.

Ricardo Soláns.

BALADA.

Niña de ojitos negros,
 Cándida niña
 Que arrullan sueños de oro,
 Duerme tranquila:
 Tu hermosa alma
 Tienes aún virgen, niña,
 Duerme, descansa.

Niña de ojitos negros,
 Rosa hechicera;
 ¿Por qué intranquila duermes?
 Di ¿qué te aqueja?
 ¡Ay! ¿tal vez amas?
 Si es tu amor sueño de ángel,
 Duerme, descansa,

Avecilla doliente,
 Flor marchitada,
 ¿Por qué en sueños tus ojos
 Perlas derraman?
 ¡Terrible suerte!
 ¿Lloras tu honor perdido!
 ¡Ay! no despiertes!
 Ernesto Marízcurrena.

CORRESPONDENCIA.

SR. DIRECTOR DEL IMPARCIAL.
 Barcelona 12 de Mayo 1867.

Muy Señor mio y amigo: Despues de ausentarse el eminente actor Don Julian Romea por los motivos que tengo manifestados en mi última revista, el palenque teatral hubiérase indudablemente desanimado á no ser por la reaparicion en el decano de nuestros coliseos ó sea el principal, de la compañía de ópera italiana, en la cual figuran como primeras partes las eminentes Marchisio; voy pues á dar á Vds. las correspondientes noticias sobre el particular, y sobre algunas novedades de escasa importancia ocurridas en los demás teatros, pero ante todo, consecuente con lo que tengo ofrecido á los apreciables lectores del IMPARCIAL, voy á ocuparme aunque sumariamente de

la ópera titulada *Rahabba* repetida varias veces y original de un paisano nuestro.

Esta ópera, que sin ser una notabilidad en su género, ha causado sin embargo una favorable impresion en nuestros círculos filarmónicos, atendida la corta edad de 22 años que cuenta su autor y lo difícilísimo que es en nuestro país adquirir una educación esencialmente musical, ha venido á ser por espacio de más de un mes el tema obligado de todas las conversaciones. Espinosa y árdua es la tarea que me he impuesto al querer dar á conocer los defectos ó excelencias de esta creación musical, tanto más, cuanto que siendo un mero ensayo y mediando en su favor circunstancias atenuantes que si no borran los defectos, á lo ménos les quitan toda su importancia, y por otra parte acostumbrado á recrear mis oídos con obras de excelente mérito y de un efecto extraordinario encuentro como vulgarmente se dice entre la espada y la pared. No obstante, debo manifestar en honor de la verdad, que descubro en la obra del Sr. Sanchez sino la inspiración, á lo ménos el estudio y un profundo acierto en manejar los sonidos y combinarlos, circunstancia de todo punto indispensable, y que no deja de favorecer bastante al jóven compositor. Por lo general se ha observado que cuantos se dedican á este género, han incurrido al principio en plagios y vulgaridades propias de todo genio que no está todavía desarrollado y que carece por lo tanto de cierta práctica; pero en *Rahabba*, he notado con placer y admiración que no se ha incurrido en ninguna falta semejante aunque sea clásico el estilo, y adolezca como tengo ya dicho del sentimiento y la inspiración. En este punto es donde flaquea más el Sr. Sanchez; su obra carece de esos efectos que llegan al corazón, que conmueven, que arrebatan. Allí abundan solamente la premeditación, el talento, pero nunca esa ráfaga pura que inspirando al autor y llevándole á regiones desconocidas; extásia, á los que le escuchan y les hace prorumpir en estrepitosos hurras. Allí campean el mérito, el estudio, el acierto, la filosofía, pero no afectos verdaderos que conmueven y reducen. Como obra de mérito, como trabajo concienzudo la obra del Sr. Sanchez ocupará siempre un lugar distinguido en los anales músicos; pero como obra destinada á hablar al alma, como obra de sentimiento la ópera *Rahabba*, es nula.

Además, de esto, he notado que las voces no están amoldadas á las facultades de cada cantante de por sí, lo que no deja de producir bastante confusión, y expone á los artistas á no salir airosos en su desempeño. En honor de la verdad, debo manifestar que estos últimos han realizado bastante la ópera con el poderoso auxilio de una ejecución notable, y un celo que les honra; mereciendo ser llamados varias veces al proscenio en union del Sr. Sanchez á quien felicito cordialmente.

Despues de esto y la repetición del *Roberto* que cada vez que se pone en escena ocasiona un triunfo á los cantantes que en él toman parte, el *Guillermo*, la *Lucia* y algunos conciertos sacro-profanos, que han tenido lugar, junto con alguna otra ópera que no recuerdo, además del gran concierto nacional que agrado sobre manera, ha cerrado sus puertas el Liceo, dejando á sus concurrentes en la libertad de acudir al Principal donde con tanta exitosa fun-

cion la compañía que al principio de mi carta he mencionado. Compónenla las hermanas Marchisio, Señorita Ferrer y los Sres. Villani, Corsi, Ordinas, Rosaldí, Rotta y Catani, y cuerpo de coros.

Inútil creo manifestar á Vds. las cualidades de estos artistas ya bastante conocidos, y la cariñosa recepción que han merecido del público Barcelonés. Las incomparables Marchisio, el Señor Villani, el simpático Señor Corsi y la Señorita Ferrer siguen llevándose la palma, siendo los demás tambien estrepitosamente aplaudidos.

La orquesta y coros.. 00000.
 Las óperas puestas en escena han sido *Norma*, *Ceneréntola* y *Otella*.

En los demás coliseos siguen funcionando y atrayendo al público que no es partidario acerrimo de los espectáculos líricos. Debo manifestar á Vds. que las compañías de cada uno de ellos cumplen, decididamente con notable maestría su cometido, descolando entre ellas la que con tanto acierto dirige el Señor Lumberras en el teatro Romea y siguiendo á esta la del Odeon, y la del Señor Guerra en el Olimpo.

En el Odeon se ha estrenado una obra traducida del francés que por lo malo de sus condiciones me ha obligado á tratar de ella. Es un dramaturgo de puñales y envenamientos capaz de erizar los cabellos á un calvo. Titúlase *Dramas de taberna*, y como el público de dicho teatro se compone de gentes aficionadas á emociones fuertes, resulta que se cuentan por llenos los días en que se pone en escena el citado aborto dramático.

Pronto se nos echarán encima los calores y el verano con su séquito de diversiones campestres, teatros al aire libre, mollaras al idem, y *espectáculos extraordinarios*.

Despidiéndome de V. y los apreciables lectores del IMPARCIAL á quienes he aburrido demasiado, hasta otro mes se repite atento S. S.
 Q. S. M. B.

SECCION RELIGIOSA.

Santo de hoy. La Aparicion de San Jaime Apostol.—Hoy reza la Iglesia de la Aparicion de San Jaime Apostol con ritu doble y color encarnado.

Solucion á la charada anterior.

Ni de cerca ni de lejos
 Quiero ver más *aculejos*.
 Pepito.

CHARADA.

Metido en prima y tercera
 Tranquilo leia en casa,
 Cuando una segunda y tercia
 A turbar vino mi calma.
 Coji una prima y segunda,
 Y al ver mi intencion nefanda
 Corrió á galope tendido
 En direccion tercia y cuarta.
 Hasta que al fin escapó
 Triste, trémula, asustada,
 Tomé entónces el Quijote
 Y empecé á leer con cachaza.
 Y en él encontré, señores,
 El voto de mi charada.

(La solucion en el próximo número.)

Por todo lo no firmado, El Secretario de la redaccion

Eduardo Cassola.

Director propietario,

D. JUAN BAUTISTA CASSOLA.

Editor responsable, Vicente Civera.

Imprenta de Vicente Civera,

SECCION DE ANUNCIOS.

AVISADOR ELÉCTRICO
MASPONS.

Un solo aparato de esta clase montado en una habitación ó edificio, asegura puertas, ventanas, cajas, armarios, etc. las que no pueden ser abiertas sin que su dueño se aperciba instantáneamente. Creemos innecesaria toda recomendacion. Los que deseen adquirir aparatos de esta clase, ó verlos funcionar para convencerse de su utilidad, pueden pasar á la casa número 158, cuarto bajo, de la calle Mayor, donde se les enterará de su precio y darán cuantas esplicaciones se deseen.

NUEVO ALUMBRADO.

Hemos experimentado las nuevas lámparas gas-millo, que es efectivamente un alumbrado en extremo económico, y muy á propósito para el uso de las casas, talleres, establecimientos etc. Dicho gas dá una luz clara igual sin ningun inconveniente ni peligro de explosion.

Para emplearlo no se necesitan aparatos costosos, pues basta una lámpara comun, cuyo valor es sumamente pequeño, y su consumo se calcula á 3 céntimos ora; de modo que segun se manifiesta por 5 reales se pueden obtener ciento veinte horas de luz, á más de esto, el líquido empleado en esta iluminacion no mancha, y como el único que necesita la lámpara es el que absorve una pequeña esponja que hay dentro de ella ofrece esto tambien la ventaja de que, aunque la lámpara caiga ó ruede no hay líquido que se derrame ó desperdicie, puliendo por tanto la lámpara ya encendida ya apagada ponerse y volcarse en todos sentidos sin inconveniente ninguno.

Los Señores que deseen enterarse de dicho alumbrado pueden dirigirse en la calle Mayor núm. 84, casa Don Jaime Marro, el cual acaba de recibir un pequeño surtido de lámparas y gas.